Aureliano del Castillo

La muerte implacable nos ha privado de uno de nuestros más inteligentes y queridos colaboradores.

Fué Aureliano del Castillo una de las figuras más eminentes de la intelectualidad granadina, y de los hombres más estimados por la afabilidad de su carácter, la bondad de sus sentimientos, su ilustración vastísima y la exquisitez de su trato social, afable y pundonoroso.

Desde la juventud colaboró en *El Defensor de Granada*, desempeñando la crítica teatral y de toda obra de Literatura y bellas artes, en cuyo noble oficio llegó a ser una firma prestigiosa por la templanza y buen sentido de sus apreciaciones, estilo ameno, castizo y elegante, sólida erudición, claridad de entendimiento y rectitud de conciencia.

Estas cualidades, que difícilmente concurren en una sola personalidad, le conquistaron el respetuoso afecto y las consideraciones de sus paisanos, entre los que gozaba la general estimación que merecía; así que su muerte fué motivo de sincero duelo en Granada y muy particularmente en los círculos de sus compañeros de prensa y de las sociedades que animaba con su conversación, siempre distinguida, aristocrática y culta.

Perteneció al Cuerpo de Archiveros, Arqueólogos y Bibliotecarios, en el que también descollaba por sus dotes excepcionales, y prestó servicio mucho tiempo en la Biblioteca de la Universidad, realizando importantes trabajos de organización y tecnicismo; así como reveló el buen temple de su virtud en la práctica del peritaje caligráfico, defendiendo con entereza y escrupulosa honradez, a prueba de todo género de seducciones, los intereses de la Justicia.

Su amor a la cultura y a Granada no tenía límites, eran su ideal y su pasión, y por esto siempre estuvo desinteresadamente dispuesto a contribuir, con su trabajo y esfuerzo personal, a toda obra progresiva, demostrándolo, con la asiduidad y buena fe que le caracterizaron,

en la Junta Directiva y en el Profesorado de la Asociación de la Prensa, en la Sociedad Filármónica, y, poco antes de morir, en el Conservatorio de Música, donde aceptó y desempeñó gratuitamente y con extraordinario lucimiento una de sus más difíciles enseñanzas.

Pero ante todo y sobre todo, Aureliano del Castillo fué un modelo de virtudes cívicas y familiares, un buen ciudadano, un hombre serio y honesto y un amigo leal y fervoroso de las personas que gozaban su estimación.

Su espíritu delicado rechazó siempre impurezas de la vida con que otros, menos severos, transigen, seguros de que la sociedad no se escandaliza de ver sacrificado el pudor en aras de la conveniencia y del egoismo. Tuvo el honor y la gloria de ser lo que los escépticos llaman despectivamente un Quijote.

Su recuerdo vivirá amorosamente en nosotros cuanto nuestra vida dure.

LUIS SECO DE LUCENA